

# GUERRA NAVAL Y DIPLOMACIA. JOSÉ DE MAZARREDO, UN MARINO ILUSTRADO EMBAJADOR EN PARÍS (\*)

Íñigo BERNAOLA MARTÍN  
Licenciado en Geografía e Historia

## Resumen

A finales del siglo XVIII, durante el reinado de Carlos III, España alcanza su máxima expansión territorial ultramarina y conoce el desarrollo de una marina de guerra ilustrada que será el perfecto instrumento al servicio de la gestión del imperio colonial y de su defensa territorial y comercial. José de Mazarredo será uno de los marinos protagonistas de ese desarrollo como militar, organizador, científico y, también, como diplomático, cuando la tradicional alianza con la Francia de los Borbones se mantenga durante el período de la revolución y el imperio napoleónico, por converger intereses dinásticos y estratégicos frente a las ambiciones británicas sobre las posesiones coloniales españolas. El arrollador impulso de Francia, una nación en armas, conducirá a España a una política exterior supeditada a los intereses de Napoleón, quien secuestrará a la Real Armada en su propio beneficio. El modo en que Mazarredo gestionó su misión diplomática como embajador ante el primer cónsul Bonaparte será el objeto de este artículo.

Palabras clave: diplomacia, Ilustración, Revolución francesa, marina de guerra, José de Mazarredo.

**E**L almirante José de Mazarredo y Salazar fue un marino ilustrado que contribuyó al desarrollo científico, organizativo y militar de la Marina borbónica, y que como diplomático y político acabó siendo protagonista de la caída del Antiguo Régimen, de un cambio dinástico y de la Guerra de la Independencia española.

---

(\*) Agradezco al profesor Agustín Guimerá, del CSIC, sus sugerencias sobre este trabajo. No obstante, las ideas vertidas en él son responsabilidad del autor.

Participará en la España ilustrada del Antiguo Régimen de manera muy activa a través de una de las instituciones con mayor protagonismo en ese contexto de desarrollo científico e intelectual: la Marina. Será exponente de esa nueva clase social de origen hidalgo que, apoyada en una sólida formación científica e intelectual y en su valía profesional, alcance los máximos puestos en la administración militar y política de la España ilustrada al servicio de Carlos IV. La irrupción de la Revolución, la llegada de Napoleón al poder y sus efectos en España le situarán en primera línea de los acontecimientos políticos y militares del momento, como embajador de la monarquía española de la reforma borbónica en la Francia republicana del primer cónsul Napoleón. El interés estratégico de Napoleón por la flota española llevará a la designación de un marino para tal misión en 1799.

La alianza entre dos países con regímenes políticos antagónicos —el Antiguo Régimen y la Revolución— hace que la experiencia diplomática vivida por este personaje histórico tenga un interés notable, máxime cuando nos referimos a un período histórico que hasta no hace mucho carecía de un tratamiento específico, si bien en los últimos años —como veremos más adelante— ha sido objeto de investigaciones y publicaciones que han llenado esta laguna historiográfica.

En lo referido a las fuentes documentales, es en el entorno de las instituciones vinculadas a la Armada en el que encontramos mayores resultados, no solo referidos a su labor en la Marina, sino también a su carrera diplomática y política en la España de Carlos IV y en la de José I. Si bien gran parte de las fuentes primarias derivadas de su actividad como marino desaparecieron en el incendio que destruyó en agosto de 1976 el Archivo Naval de San Fernando, disponemos de abundante documentación y correspondencia generadas a lo largo de sus sucesivos destinos militares, diplomáticos y políticos, así como un extenso legado documental personal e institucional conservado en la actualidad en el Archivo del Museo Naval y el Histórico Nacional. De la documentación custodiada en ambos archivos emerge su verdadera dimensión como personaje diplomático y político, pues tenemos la suerte de haber conservado en ellos casi íntegramente la correspondencia y documentación generadas durante la misión diplomática de Mazarredo en París entre 1799 y 1801 en ambos archivos.

Es este un episodio histórico —el de la misión diplomática de Mazarredo en París entre agosto de 1799 y marzo de 1801— que, como el propio personaje, materializa la vinculación entre la guerra y la diplomacia en un momento crucial de la historia europea y española, de transición entre el Antiguo Régimen y el Estado liberal. Pero que sobre todo, según profundicemos en su conocimiento, nos permitirá comprender la imposible alianza entre los intereses dinásticos de un régimen en extinción y los del nuevo paradigma político nacido de la Revolución, dos formas antitéticas de entender la diplomacia y la guerra fatalmente unidas, como veremos.

José de Mazarredo y su misión diplomática responden en gran medida a los intereses de un régimen absolutista agonizante que lucha por perpetuarse en un momento de transformación. Es ese momento del personaje uno de los

aspectos que nos interesa especialmente en el presente trabajo. Es el propio personaje quien en esta misión representa la paradoja de un hombre formado científica y militarmente para la guerra en un pensamiento ilustrado de modernización y desarrollo, y que diplomáticamente defiende intereses dinásticos en un mundo que entra en la contemporaneidad. Será precisamente su exceso de celo profesional, que le lleva a denunciar sin pausa las carencias de un régimen incapaz de dotar de manera moderna y adecuada una marina de guerra, lo que termine por conducirle al ostracismo.

De este largo período de actividad diplomática y política se ocupará de manera extensa la segunda mitad de este artículo, a la que precederá una primera parte que nos ayudará a comprender mejor este momento. Trazaremos un perfil biográfico previo con el que intentaremos retratar tanto el personaje como el contexto histórico en que acontecerán estos episodios, orientado a resaltar aquellos aspectos de su vida estrechamente vinculados al desarrollo y crecimiento de la Marina española en el contexto del reformismo borbónico de Carlos III, y a la política exterior de la Monarquía hispánica en la segunda mitad del siglo XVIII. Tal recorrido por el personaje y su circunstancia histórica nos permitirá entender por qué en aquella misión diplomática de 1799 convergieron la Armada, y Mazarredo en concreto, como institución y actor principales ante Napoleón para defender los intereses de la Monarquía.

La producción historiográfica en torno a la figura de José Mazarredo se ha generado sobre todo en el ámbito de la historia naval. Hasta la publicación en 1945 de la primera monografía íntegramente dedicada al personaje, firmada por Enrique Barbudo Duarte, tres habían sido los principales biógrafos de Mazarredo.

Martín Fernández de Navarrete, contemporáneo y amigo suyo, en su *Biblioteca marítima española* será el primer historiador que centre su interés en la figura de José de Mazarredo (1). Este autor, conocido por su *Vida de Cervantes*, fue afrancesado, como el biografiado, y colaboró con él como marino.

A Mazarredo su condición de afrancesado le acarreó la crítica del resto de los marinos y cierto ostracismo del que fue definitivamente rehabilitado en 1847 al darse su nombre a un buque de guerra. Sus aportaciones científicas, militares y, sobre todo, organizativas suscitaron un temprano interés en algunos historiadores de la segunda mitad del siglo XIX. Entre ellos se cuentan otros dos marinos: don Francisco de Paula Pavía (2) y don Cesáreo Fernández Duro (3), quienes se dedicaron al estudio de su labor. Precisamente en el fondo documental que lleva el nombre de este último en el Archivo del Museo Naval se conservan varias cartas manuscritas de Mazarredo (4).

---

(1) FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M.: *Biblioteca marítima española*, vol. II. Madrid, 1851, pp. 82-96.

(2) PAVÍA, F.: *Galería biográfica de los generales de marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación desde 1700 a 1868*, t. II. Madrid, 1873.

(3) FERNÁNDEZ DURO, C.: *Disquisiciones náuticas*, vol. IV. Madrid, 1879, pp. 157-182.

(4) Archivo del Museo Naval (AMN), col. Fernández Duro, fechas extremas: siglos XVIII-XIX, volumen: 28 cajas.

Enrique Barbudo Duarte publica en 1945 *José de Mazarredo, teniente general de la Armada* (5), convirtiéndose así en el cuarto marino que se dedica al estudio del bilbaíno y el primero en hacerlo de manera monográfica. Mientras que los anteriores acercamientos a su figura se habían realizado desde una perspectiva limitada, atenta sobre todo a los aspectos científicos y militares del personaje, en esta ocasión, además de profundizar en esos ámbitos, se hace referencia a aspectos biográficos personales y, sobre todo, se analiza el protagonismo político del personaje, que sirvió a Carlos IV como embajador en París y a José I como ministro de Marina, si bien este último episodio se despacha en apenas unos párrafos. El acceso, por primera vez, al archivo personal del biografado, custodiado por su descendiente Antonio de Mazarredo, permitió a Barbudo profundizar en el conocimiento del personaje. Habiendo sido donada por la familia la referida colección al Archivo del Museo Naval de Madrid en 1973, disponemos en la actualidad de acceso público a la misma.

Más recientemente, en el marco de las Jornadas de Historia Marítima organizadas por el Instituto de Historia y Cultura Naval, la figura de José de Mazarredo fue glosada en dos ocasiones. La primera, en 1988, con una ponencia específica de José Cervera Pery en el contexto de las II Jornadas, dedicadas a «la Marina de la Ilustración» (6), y la segunda, en las trigésimas novenas, íntegramente dedicadas a la figura de José de Mazarredo.

Agustín Guimerá Ravina, investigador del CSIC especializado en la historia naval atlántica del siglo XVIII, en su extensa producción bibliográfica se refiere ampliamente a Mazarredo, sobre cuya figura ha publicado artículos específicos (7) y otros más genéricos relativos a la guerra naval durante la Revolución y el Imperio.

Fuera de los publicados por Agustín Guimerá Ravina y por el profesor de la Complutense especializado en historia militar José Cepeda Gómez

---

(5) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo, teniente general de la Real Armada*. Madrid, 1945. En el mismo año se publica también un pequeño libro de 122 páginas obra de NÚÑEZ IGLESIAS, I.: *El teniente general de la Real Armada Don José de Mazarredo Salazar y Gortázar*. Diputación de Vizcaya, Madrid, 1945.

(6) CERVERA PERY, J.R.: «El almirante Mazarredo, un marino profesional en un marco ilustrado», en VV.AA.: *La Marina de la Ilustración. II Jornadas de Historia Marítima en Madrid* (noviembre 1988). Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 1989, pp. 93-104. También referido a Mazarredo, CERVERA PERY, J.: «Mazarredo: un marino ministro de José Bonaparte», en VV.AA.: *José de Mazarredo y Salazar. XXXIX Jornadas de Historia Marítima* (Madrid, octubre de 2009). Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 2010, pp. 85-95.

(7) GUIMERÁ RAVINA, A.: «Mazarredo, un marino ilustrado y científico», en VV.AA.: *José de Mazarredo y Salazar. XXXIX Jornadas de Historia Marítima* (Madrid, octubre de 2009). Instituto de Historia y Cultura Naval, 2010, pp. 27-41. A propósito de la misión diplomática de Mazarredo en París y de sus diferencias con Napoleón acerca de la guerra naval, GUIMERÁ RAVINA, A.: «Napoleón y la Armada», en VV.AA.: *Poder terrestre y poder naval en la época de la batalla de Trafalgar. XXXI Congreso Internacional de Historia Militar* (Madrid 2005). Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, Madrid, 2006, pp. 519-538.

(8), en el ámbito académico y universitario carecemos de estudios dedicados a la figura de José de Mazarredo. Pero en cambio son numerosas las publicaciones de carácter general sobre el reinado de Carlos IV, la Guerra de la Independencia y la España de José I en las que aparece recogida y analizada su participación en los acontecimientos políticos y militares del período (9). Desde la *Historia de Carlos IV* escrita por su contemporáneo Andrés Muriel (10) (1776-1840), quien dedicó parte de su producción historiográfica a la defensa y justificación de los afrancesados, hasta las más cercanas en el tiempo, como las dedicadas a la política exterior de ese mismo período por autores como Seco Serrano (11). Por otra parte, las investigaciones y publicaciones del profesor La Parra han llenado la laguna historiográfica hasta entonces existente en cuanto a las relaciones entre la España de Carlos IV y la Revolución francesa, terreno hasta entonces inexplorado, como se lamentaba hace algunos años el profesor Javier Fernández Sebastián (12).

Actualmente, en la Universidad de La Rioja, Alex Romero Peña ha publicado numerosos artículos dedicados a Mariano Luis de Urquijo (13), sobre quien también versa su tesis doctoral. Su tarea al frente de la Secretaría de Estado (1798-1800) coincidirá prácticamente en el tiempo con la misión diplomática de José de Mazarredo ante Napoleón.

## Mazarredo, un marino ilustrado

José de Mazarredo nació en 1745 —un año antes de la muerte de Felipe V— en el Bilbao dieciochesco, donde creció y fue educado en el seno de

---

(8) CEPEDA GÓMEZ, J.: «El almirante Mazarredo, embajador de España ante Napoleón», en VV.AA.: *José de Mazarredo y Salazar. XXXIX Jornadas de Historia Marítima* (Madrid, octubre de 2009). Instituto de Historia y Cultura Naval, 2010, pp. 67-83.

(9) Para ese período, en lo referido a la Marina de Carlos IV y a la supeditación de esta a los intereses de Francia, resulta referencia imprescindible CARLAN, J.M.: *Navíos en secuestro. La escuadra española del océano en Brest, 1799-1802*. Instituto Histórico de la Marina, Madrid, 1951. Al final de este trabajo se recoge una amplia mención de las publicaciones que hacen referencia al personaje.

(10) MURIEL, A.: *Historia de Carlos IV*. Real Academia de la Historia, Madrid, 1984.

(11) SECO SERRANO, C.: «La política exterior de Carlos IV», en BATLLORI, M. (coord.): *La época de la Ilustración. Las Indias y la política exterior*. Espasa-Calpe, Madrid, 1987, pp. 448-732. Tomo XXXI, vol. II, de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal.

(12) Véase su reseña en *Revista de Historia Contemporánea*, núm. 9 (Departamento de Historia Contemporánea de la UPV, 1992, pp. 319-325), a propósito de la monografía de LA PARRA LÓPEZ, E.: *La alianza de Godoy con los revolucionarios (España y Francia a fines del siglo XVIII)*. CSIC, Madrid, 1992.

(13) ROMERO PEÑA, A.: *La política exterior del ministro Urquijo. España y las embajadas de París, Viena y Lisboa durante la Guerra de la Segunda Coalición, 1798-1800* (trabajo de suficiencia), Universidad de La Rioja; ÍDEM: «Mariano Luis de Urquijo. Biografía de un ilustrado», en *Sancho el Sabio. Revista de Cultura e Investigación Vasca*, núm. 34, Vitoria/Gasteiz, 2011, pp. 55-78, y su tesis doctoral, dirigida por Carlos Navajas Zubeldía y Bernardo Muniesa Brito: *Mariano Luis de Urquijo (1769-1817). Biografía política en claroscuro de un personaje y una época*. Universidad de La Rioja, Logroño, 2013.

una familia vinculada al mayorazgo de los Salazar Muñatones y a los sectores de la alta sociedad urbana. Su padre fue alcalde de Bilbao, y su abuelo paterno, diputado general del señorío y regidor capitular de la villa (14). Este trasfondo portuario y marinerío haría que a los catorce años, reinando Fernando VI —uno de los grandes impulsores de la Marina (15)—, ingresase en la Armada, como otros tantos jóvenes de origen hidalgo contemporáneos suyos nacidos en el norte vizcaíno. Aquí, en la Marina, discurrirá toda su vida profesional, en el curso de la cual irá accediendo a todos los empleos hasta alcanzar el de teniente general o almirante, y desarrollará una vasta labor militar, científica y organizativa.

Las universidades de la España de Carlos III seguían ancladas en un concepto excesivamente escolástico del conocimiento, pero al margen de ellas surgirán focos alternativos de cultura, incluso enfrentados a aquellas, auspiciados por determinados miembros de la aristocracia, la Iglesia y la alta burguesía urbana. En estos cenáculos se cultivará una cultura de élite donde se exaltará la faceta social del hombre por encima de toda inclinación trascendental, y que pospondrá la metafísica al desarrollo de las ciencias exactas, las matemáticas, la física moderna y las ciencias naturales (16). En este contexto, que coincide con el reinado de Carlos III (1759-1788), desarrollará su actividad formativa y profesional Mazarredo, no solo en el ámbito militar, donde muchas instituciones científicas al margen de la Universidad desarrollarán este programa ilustrado, sino también en las que comenzaron siendo tertulias locales y acabaron por convertirse en auténticas academias. Tal fue el caso de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, la más antigua en su género, en alguna de cuyas comisiones, como la de industria y comercio, Mazarredo llegó a participar muy activamente en su calidad de miembro, actividad que prolongó en el seminario de Vergara, fundado en 1775 por la sociedad y donde impartió clases. Un ejemplo de esta interrelación entre el ámbito militar y el ilustrado —incluso cabría hablar de militarización de las instituciones científicas (17)— lo tenemos en la creación en 1778 de dos cátedras, una de mineralogía y otra de química y metalurgia, en el mencionado seminario, a instancias de una recomendación de Mazarredo al ministro de Marina, Pedro Castejón (18), todo ello con la intención de mejorar la mala calidad de las piezas de la artillería embarcada.

---

(14) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, p. 10.

(15) En realidad, iniciativa y obra de su secretario de Hacienda, Guerra y Marina e Indias, Zenón de Somodevilla y Bengoechea, marqués de la Ensenada.

(16) LAFUENTE-VALVERDE, 2003. Cit. en GUIMERÁ RAVINA, A.: «Mazarredo, un marino ilustrado...», p. 30.

(17) GIL MUÑOZ, M.: «Cultura europea y milicia. Los oficiales de la Ilustración en la R.S.B.A.P.», en RUBIO DE URQUÍA, G., y GÁRATE OJANGUREN, M.M. (coords.): *La Bascongada y Europa. Actas del V seminario de historia en la R.S.B.A.P.* (San Sebastián, octubre de 1996). Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, 1999, p. 267.

(18) GIL MUÑOZ, M.: «Marinos ilustrados en la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País», en *Revista de Historia Naval*, núm. 57, 1997, p. 16.



Durante su destino en la Secretaría de Marina (1784-1795) redactará numerosos informes y participará en comisiones sobre la construcción de navíos y fragatas (19), buscando incorporar a los buques españoles los aspectos más ventajosos de los llamados métodos de construcción francés e inglés; propondrá sistemas de medición de la longitud que mejoran los anteriores (20), y cuyo cálculo fue verdadero inconveniente en la navegación marítima hasta la extensión del uso del cronómetro de John Harrison, inventado en la década de 1770 (21); y participará en las expediciones a Filipinas, primero, y en la campaña hidrográfica por el Atlántico meridional después con el ánimo de obtener y recopilar información de carácter científico, cartográfico, astronómico...

Todo ello con el fin de servir al Estado, de mejorar el conocimiento del imperio colonial administrado y la defensa de su integridad territorial y su comercio, y de contribuir a la consolidación de este e, incluso, a su extensión. La ciencia fue el gran instrumento de esta gestión imperial. En el reinado de Carlos III, la Monarquía hispánica había alcanzado su máxima extensión y difusión en América, siendo todo un reto para los reformistas ilustrados su gestión política, administrativa, económica y militar. La Armada era una máquina eficiente y moderna y, en consecuencia, la institución más indicada para gestionar el espacio imperial, defenderlo y extenderlo. Estando la guerra cada vez más vinculada al desarrollo tecnológico, el Estado debía contar con militares dotados de una formación científica y tecnológica adecuada. De ahí que la Armada tuviese un protagonismo total en la vida de Mazarredo, que lo fuese todo en su vida (22). Y de ahí que Mazarredo acabase desempeñando un papel estelar en la gestión diplomática de la alianza francoespañola, como veremos más adelante.

Mazarredo, llamado «el Reformador» (23) por Cervera Pery, será uno de los máximos exponentes de una carrera dedicada a la formación de los futuros oficiales de la Armada, convencido como estaba de la necesidad de crear unos cuadros de mando especializados y con capacidades científicas y técnicas, acordes con el espíritu meritocrático de los hombres de la Ilustración. Su *Colección de tablas para los usos más necesarios en la navegación*, destinada a la enseñanza de los jóvenes que se dedicaban a la carrera del mar (24), y sobre todo sus Reales Ordenanzas serán ejemplo de ello.

---

(19) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, pp. 54-57.

(20) *Ibidem*, pp. 16-17.

(21) Para comprender mejor los problemas que generaba la imposibilidad de obtener la longitud, los incentivos de la corona británica para obtener un sistema de medición y su impacto en el desarrollo de la navegación y la exploraciones del siglo XVIII, BOORSTIN, D.J.: *Los descubridores*. Crítica, Barcelona, 1986 (ed. orig. inglesa, 1983), pp. 280-283, trad. de Susana Litjmaer; FERNÁNDEZ ARMESTO, F.: *Los conquistadores del horizonte. Una historia global de la exploración*. Ariel, Barcelona, 2012 (ed. orig. inglesa, 2006), pp. 414-417, trad. de Luis Nacenta.

(22) GUIMERÁ RAVINA, A.: «Mazarredo, un marino ilustrado...», p. 29.

(23) Véanse las razones del calificativo en CERVERA PERY, J.R.: «El almirante Mazarredo...», pp. 93-104.

(24) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, p. 34.

Las Ordenanzas Generales de la Armada Naval (25), publicadas en 1793 y cuyos preceptos conservan en nuestros días vigencia casi plena, constituyen una relación completa y detallada de las funciones, deberes y obligaciones de todas las autoridades, cargos y empleos de la Marina, desde el almirante general y otros mandos militares hasta la marinería, los carpinteros, la policía de puertos y un largo etcétera. Con ellas quedaba definitivamente resuelto el sempiterno conflicto de competencias entre el Cuerpo General, de carácter militar, y el Cuerpo de Ministerio, dedicado a la gestión de los arsenales, la provisión de los medios materiales y técnicos y la producción en los astilleros. Para Guimerá Ravina, Mazarredo, como organizador que era, no se limitó a recopilar burocráticamente instrucciones y reglamentos, sino que en todos los mandos que ocupó puso interés y acierto en organizar con acierto el trabajo, persiguiendo la máxima eficacia (26). Así, pensaba Mazarredo que «en escuadra grande no se puede aprender, sino que es menester traer sabido lo que se ha de ejecutar» (27).

Celoso defensor de la profesionalidad del oficial de Marina, consideraba que este no solo debía tener una buena formación marinera, a tono con los nuevos instrumentos de navegación y técnicas de medida, sino también una buena formación teórica en física y mecánica aplicada, astronomía náutica y matemáticas como ciencia experimental. Por otra parte, en 1778 formó una división a modo de buque escuela, compuesta de un navío y dos fragatas, para entrenar a los alumnos en la navegación y la táctica (28).

Las Ordenanzas Navales, la formación científica y técnica de los oficiales, promocionaban así una nueva forma de organización que hoy llamamos profesional, basada en unos mecanismos sociales que debían gobernar la promoción en el seno de la Armada, unas reglas consensuadas por los propios marinos a través de los cuales podían juzgarse a sí mismos. Fue una construcción política deliberada, un espacio social dirigido a un nuevo fin: servir al Estado (29). El Estado, en un «alarde de utopía burocrática[,] intentó meter la Armada y el océano en una ordenanza, como trató de abarcar el imperio en un mapa y la monarquía en una estadística» (30).

Como apuntábamos en la introducción, Mazarredo, como militar destacado en diversos enfrentamientos acontecidos a lo largo de su carrera militar, tendrá oportunidad de aplicar con éxito los avances científicos, técnicos y organizativos que hemos repasado hasta el momento, mostrándose sin embargo como un buen exponente de la guerra justa o de desgaste. La clásica como la defini-

---

(25) Para ampliar información léase GUIMERÁ RAVINA, A., y GARCÍA FERNÁNDEZ, N.: «Un consenso estratégico: las Ordenanzas Navales de 1793», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, vol. 54-II, pp. 43-81. Casa de Colón, Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 2008.

(26) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, pp. 58-70.

(27) Diario de navegación del año 1790, siendo segundo jefe de la escuadra mandada por el marqués del Socorro. *Op. cit.* ibídem, p. 64.

(28) GUIMERÁ RAVINA, A.: «Mazarredo, un marino ilustrado...», pp. 33-36.

(29) Ibídem, p. 36.

(30) LAFUENTE-VALVERDE, 2003, *op. cit.* ibídem, p. 30.



rá Agustín Guimerá (31). Evidenciará en numerosas ocasiones sus preocupaciones humanitarias, al intentar reducir los daños en combate, y hará gala de una actitud caballeresca (32).

Su carrera militar (33) y capacidades tácticas comenzarán a destacar pronto, como en la desastrosa jornada de Argel de junio de 1775, en la que fueron trasladados un total de 18.000 hombres a bordo de una fuerza naval mandada por el general González de Castejón y compuesta de 47 buques de guerra y un convoy de más de 300 mercantes (34). El entonces teniente de navío Mazarredo, como primer ayudante de mayoría (35), asumió los planes de navegación, fondeo y desembarco de los casi 20.000 hombres del ejército, a las órdenes del general O'Reilly. Si bien las tropas pronto demostraron sus escasas posibilidades de éxito, la operación resultó eficaz desde el punto de vista de la organización naval y la transmisión de comunicaciones y órdenes, siendo recompensada por el rey con el cargo de alférez de la Compañía de Guardias Marinas de Cádiz, sus sucesivos empleos de capitán de fragata y de capitán de navío, y la comandancia de la nueva compañía de guardiamarinas creada en el departamento de Cartagena (36).

Ascendido en 1780, en el contexto de las campañas de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, a mayor general de la Escuadra del Océano, mandada por don Luis de Córdova, obtuvo su mayor éxito con una atrevida

(31) GUIMERÁ RAVINA, A.: *op. cit.*, p. 38.

(32) Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, leg. 4939. Correspondencia con Manuel Godoy sobre el permiso solicitado por el almirante inglés, durante el bloqueo de Cádiz, para que una dama inglesa visite la ciudad, 14 de agosto de 1797.

(33) Archivo General de la Marina Don Álvaro de Bazán, fondos de la Secretaría del Despacho de Marina y del Ministerio de Marina, sección de Personal, Subsección Cuerpos Patentados, Cuerpo General-Oficiales de Guerra. Hoja de servicios de José de Salazar y Gortázar. Existe copia realizada por el jefe del Cuerpo de Archiveros del Ministerio de la Marina y de su Archivo Central en AMN, CAM, t. VII, leg. 2353, ff. 1-18. Según Barbudo Duarte ingresó en la Academia de Guardias Marinas con este apellido, para más adelante usar, durante la primera mitad de su vida militar, el de Mazarredo y Salazar, de tal forma que el último aparecía como segundo apellido. En las postrimerías de su vida utilizaba los de Mazarredo y Gortázar, prescindiendo de Salazar Muñatones, mayorazgo al que estaba vinculado su familia paterna. En BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, p. 9-10.

(34) Para ampliar información véase GUIMERÁ RAVINA, A.: «La marine espagnole contre la piraterie nord-africaine (1750-1785)», en BATESTI, M. (dir.): *La piraterie au fil de l'histoire. Un défi pour l'État*. Presses de l'Université Paris-Sorbonne, París, 2004, pp. 331-345.

(35) Los ayudantes de la mayoría general eran oficiales excedentes, embarcados al margen de la dotación propia de la escuadra y al servicio directo del mayor general de la escuadra u oficial de grado superior, normalmente un capitán de navío o de fragata. Este último conformaba el mando bajo las órdenes de los generales o almirantes, jefes y comandantes de la escuadra. Entre los ayudantes del mayor general se distinguía el primer ayudante de los dos o uno segundos, terceros e incluso cuartos. Será precisamente nuestro personaje quien más adelante describa y defina las atribuciones de los ayudantes de mayoría en MAZARREDO, J.: *Ordenanzas generales de la Armada Naval. Parte primera. Sobre la gobernancia militar y marinera de la Armada en general y uso de sus fuerzas en el mar*. Imprenta de la Viuda de Don Joaquín Ibarra, Madrid, 1793, pp. 226-227. Sería el antecedente de los actuales oficiales de Estado Mayor, cuyo origen se remonta precisamente a finales del siglo XVIII y a las guerras napoleónicas.

(36) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, pp. 26-33.

maniobra realizada con esta escuadra combinada, compuesta de 31 navíos españoles y franceses. Con ella apresó en agosto, a la altura de las islas Azores, un importante convoy británico de 55 buques, con mercancías y aprovisionamiento para su ejército en la lucha contra los independentistas norteamericanos (37). Sin embargo, este conflicto pondrá de manifiesto la inferioridad material de la Marina combinada frente a la inglesa, algo de lo que se lamentará Mazarredo en su correspondencia privada a propósito del fracasado intento de capturar a la escuadra inglesa del almirante Howe en julio de 1782 (38).

Marcada la recuperación de Gibraltar como uno de los objetivos de la Corona en esta guerra, en esta misma escuadra, a finales de 1782, Mazarredo tomará parte en el bloqueo a esta plaza y en el combate frente al cabo de Espartel con la escuadra de Howe, cuando esta regresaba al Atlántico después de haber conseguido entrar en Gibraltar y aprovisionarlo del socorro que tanto necesitaba. En ese momento cesarán las hostilidades y, en enero de 1783, se firmarán los preliminares de la paz que estaba negociándose en París. Ocupado en la Secretaría de la Marina desde 1784 en el desempeño de múltiples misiones y en la elaboración de las Reales Ordenanzas, en 1795 pasará a la Escuadra del Mediterráneo, de la que pronto acabará siendo comandante general, trasladando de manera insistente en sus informes al ministro de la Marina, Pedro Varela, y a Godoy el lamentable estado de esta (39). Como consecuencia de sus diferencias con el ministro (40), finalmente sería exone-

---

(37) PERAL LEZÓN, R.: «José de Mazarredo y Salazar: organizador, estratega y táctico», en VV. AA.: *José de Mazarredo y Salazar. XXXIX Jornadas de Historia Marítima* (Madrid, octubre 2009). Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid., 2010, pp. 56-58.

(38) AMN, CAM, leg. 2381, ff. 8-11. Carta a un amigo (sin identificar en el texto) desde el navío *Santísima Trinidad* que recoge reflexiones de Mazarredo sobre el deficiente estado de la Marina, demostrado en el encuentro del 12 de julio de la escuadra combinada con la inglesa de lord Howe, 30 de julio de 1782. Realiza un análisis certero de la situación de la Marina española, en cierto modo premonitorio del destino de esta, la cual, a despecho de sus consejos, será incapaz de adaptarse a la realidad de la guerra naval moderna: «... Vea amigo mío, si es juego igual, estar a perder, y no a ganar: si estamos inferiores, sacrificados, si somos superiores inútiles. ¿Y esto es marina? Lo sería en otra época, pero no en la presente: el que hoy es igual a otra en las armas, si el segundo las mejora para mañana, ya aquel queda inferior (...). De aquí inferiremos para nosotros, que hoy no son fuerzas 50 navíos, si en todo no igualan a otro tanto número de los enemigos, y que valdría más ceñirse a 35 y con el ahorro del gasto de los 15, diques y más diques, ciencia, unido de maestranza, continuo reparo, y constante pesquisa de lo mejor».

(39) AHN, Estado, leg. 4939. Correspondencia a Manuel Godoy denunciando el mal estado de la Marina. Cartagena, 13 y 27 de junio, 9 de julio y 16 de agosto de 1796.

(40) La correspondencia con Godoy es muy esclarecedora respecto de la sinceridad con que el marino trasladaba sus opiniones. La denuncia constante, sin ambigüedades, fue causa suficiente para incomodar a un Godoy acosado permanentemente por las críticas de sectores cada vez más amplios, hasta el punto de relevarle en sus funciones. Fueron más de uno los intentos de derrocar al gobierno a Godoy, articulados en diversas conspiraciones. Nos interesa mencionar en este punto una de ellas, por su relación con nuestro personaje: la conspiración de San Blas. Organizada por un grupo de «gentes de letras», fue descubierta el 3 de febrero de 1795. Durante el proceso no hubo referencia alguna a Mazarredo ni a otros notables por parte de los encausados, pero sí la hubo con posterioridad. El principal encausado, Juan Bautista

rado del mando de la escuadra, que dejará el 17 de agosto de 1796 (41), y enviado a Ferrol.

Firmada la paz de Basilea con la Francia de la Revolución y forjada una nueva alianza, vuelven las hostilidades contra Gran Bretaña. La derrota de la Escuadra del Océano el 14 de febrero de 1797 frente a la del almirante británico Jervis provocará la destitución de Córdova como comandante de aquella y su reemplazo, no sin dudas del rey (42), por Mazarredo (43). A pesar del penoso estado en que se encontraba la escuadra por la falta de abastecimiento de suministros y provisiones, en julio de ese mismo año consiguió rechazar el intento de bombardear Cádiz ejecutado por efectivos de la escuadra de Jervis mandados por el propio Nelson (44). Será en esta calidad de comandante general de la Armada del Océano cuando Mazarredo asuma su misión diplomática.

---

Picornell, fue condenado a prisión y trasladado a Venezuela, al castillo de La Guaira, donde acabaría participando en la conspiración criolla de Gual y España de 1797. En el subsiguiente proceso abierto en la Audiencia de Caracas, esta, interesada en ganarse la complacencia de Madrid, extendería la investigación a la de San Blas de 1795 y recogería testimonio indirecto de la participación en aquella de Mazarredo, así como de otros oficiales del Ejército y miembros de la nobleza y del Consejo de Estado. Este testimonio procedía de lo oído a Picornell por ciertos personajes que lo habían conocido en La Guaira. En AGUIRREZABAL, M.J., y COMELLAS, J.L.: «La conspiración de Picornell (1795) en el contexto de la prerrevolución liberal española», en *Revista de Historia Contemporánea*, núm. 1. Universidad de Sevilla, 1982, pp. 7-38. El profesor La Parra considera que, probablemente, se trataba de una simple relación de personalidades en las que los conspiradores confiaban idealmente para dirigir la Monarquía en sustitución de Godoy sin ni siquiera haber contado con ellos. Si hubiera sido de otra forma, Godoy habría actuado contra todos ellos. En LA PARRA LÓPEZ, E.: *Manuel Godoy. La aventura del poder*. Tusquets, Barcelona, 2002, p.133.

(41) AMN, CAM, leg. 2384, ff. 157-158. Correspondencia con el capitán general de Cartagena, don José Miguel José Gastón. Cartagena, 17 de agosto de 1796. En cumplimiento de real orden de 22 de julio, Mazarredo deja el mando de la Escuadra del Mediterráneo al conde de Morales de los Ríos, con las formalidades de ordenanza, el 18 de agosto.

(42) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, pp. 71-72. El rey, como sustituto de Luis de Córdova, designó inicialmente al teniente general don Francisco de Borja, pero «varios ilustres jefes de la Armada (...) decidieron hacer saber al Rey cómo el estado físico del general Borja no le hacía ser el más apropiado para reorganizar y poner a punto una Escuadra en derrota; en cambio el Teniente General Mazarredo (...) contando solamente cincuenta y dos años de edad, era (...) la persona indicada para rehacer aquella Armada, levantar su moral y llevarla a la victoria». Fue nombrado el 11 de marzo de 1797.

(43) AHN, Estado, leg. 4939. Correspondencia a Manuel Godoy comunicando que ha mandado arbolar el navío *Concepción* y poner en él su insignia de mando. Isla de León, 11 de abril de 1797. Agustín Guimerá dedica a este episodio un artículo donde realiza un interesante estudio comparativo entre los liderazgos de Jervis y Mazarredo. GUIMERÁ RAVINA, A.: «Métodos de liderazgo naval en una época revolucionaria: Mazarredo y Jervis (1779-1808)», en GARCÍA HURTADO, M.R.; GONZÁLEZ LOPO, D.L., y MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, E. (dirs.): *El mar en los siglos modernos*, vol. II. Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 2009, pp. 221-234.

(44) AMN, CAM, legs. 2385 y 2386. Correspondencia sobre el bloqueo de Cádiz entre 1797 y 1798, que recoge abundantes muestras del intercambio epistolar que Mazarredo mantuvo con los comandantes de las escuadras inglesas, Jervis y Nelson, con delegaciones consulares de terceros países en Cádiz, autoridades políticas de las Cortes, el ministro de Marina, Juan de Lángara, y Manuel Godoy, otros mandos de la Marina española, etc.

## Diplomacia y guerra en tiempos de Carlos III y Carlos IV

En el siglo XVIII, la guerra continuó siendo el árbitro usual de las disputas internacionales. Prácticamente en dos de cada tres años de la centuria se libró alguna guerra, si bien, y sin obviar ciertos episodios que constituyeron consumados ejemplos de barbarie, en comparación con el siglo anterior los enfrentamientos bélicos dieciochescos se volvieron más decorosos y comedidos, haciendo verdadera la creencia contemporánea de James Boswell (1740-1795) de que las «guerras habían pasado de moda». Este siglo será para Von Clausewitz la penúltima etapa de la guerra como una continuación de la política por otros medios, en la que los conflictos solían ir precedidos por una actividad diplomática febril (45). Esta forma de hacer la guerra experimentará una radical transformación a finales de siglo con la Revolución francesa (46), que llevando a los hechos el ideal de la nación en armas acabaría desencadenando la primera «guerra total». Entre 1789 y 1815, en los campos de batalla se enfrentarán dos modos de hacer la guerra. Frente a la guerra aristocrática de maniobras, librada por honor y en defensa de intereses dinásticos, la Convención inaugurará la era de la guerra total, que en nombre de la nación aspiraba a la aniquilación del enemigo (47).

La política exterior de la segunda mitad del siglo XVIII español había conocido la continuidad de la alianza con Francia, en buena medida en pro de los intereses y ambiciones dinásticas, así como de la defensa y ampliación del Imperio frente a las ambiciones inglesas.

El 15 de agosto de 1761, España firmaba con la monarquía francesa el tercer Pacto de Familia, que dio origen a una alianza ofensiva y defensiva entre las dos potencias borbónicas frente a la constante amenaza de la Marina inglesa, manifestada en constantes violaciones de la neutralidad de España, atacando intereses españoles y estableciendo asentamientos en Centroamérica. Sin embargo, la paz de París (9 de febrero de 1763), que puso fin a la guerra, evidenció que España, subestimando el potencial bélico de los británicos, se había incorporado al conflicto sin contar con los recursos navales adecuados,

---

(45) Acerca de las relaciones diplomáticas europeas en la edad moderna hay abundante bibliografía, de la que recogemos los siguientes ejemplos: BATISTA GONZÁLEZ, J.: *España estratégica: guerra y diplomacia en la historia de España*, Sílex, Madrid, 2007; OCHOA BRUN, M.A.: *Historia de la diplomacia española*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1995; PORRES MARIJUÁN, R., y REGUERA ACEDO, I. (dirs.): *La proyección de la Monarquía Hispánica en Europa: política, guerra y diplomacia entre los siglos XVI y XVIII*, Universidad del País Vasco, 2009; PRADELLS NADAL, J.: *Diplomacia y comercio: la expansión consular española en el siglo XVIII*, Universidad de Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992.

(46) LYNN, J.: «Naciones en armas (1763-1815)», en PARKER, Geoffrey (dir.): *Historia de la guerra*. Akal, Madrid, 2010 (ed. orig. inglesa, 2005), p. 195, trad. de José Luis Gil Aristu.

(47) Acerca de la guerra total, véase la propuesta de BELL, D.A.: *La primera guerra total. La Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*. Alianza, Madrid, 2012 (ed. orig. inglesa, 2007). Traducción de Álvaro Santaña Acuña. Y de manera específica, referida a la guerra naval y el personaje, GUIMERÁ RAVINA, A.: «Métodos de liderazgo naval...», pp. 221-234.

lo que le costó la Florida y todos los territorios de Norteamérica al este del Misisipí, que hubo de ceder a Gran Bretaña, pérdidas compensadas en parte con la cesión de la Luisiana por parte de Francia.

A partir de 1763, de manera paralela a una creciente escalada de tensiones coloniales con Inglaterra que escondían esencialmente intereses comerciales y económicos (48), se iniciará un programa de recuperación y ampliación de la Marina española con el ánimo de hacer frente a esta amenaza, programa del que fue partícipe Mazarredo.

Será la rebelión de las colonias de Gran Bretaña en Norteamérica la que brinde a España una nueva oportunidad de recuperar lo perdido y frenar la expansión británica hacia el sur. La Monarquía renovará en 1779 la alianza con Francia contra Gran Bretaña en el contexto de la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos (1775-1783), alianza que tenía la mira puesta, entre otros objetivos, en la recuperación de Menorca y Gibraltar. Una flota combinada francoespañola y una fuerza de invasión serán desplegadas con el objetivo de invadir Inglaterra, primero, y asediar Gibraltar. Será la Escuadra del Océano, mandada por don Luis de Córdova, en la que se destacará Mazarredo como mayor general con los resultados ya descritos en el apartado anterior. La guerra, concluida en 1783, se saldó con un éxito moderado. Al final del conflicto, España había recuperado la Florida y Menorca, restablecido sin disputa el dominio sobre el Río de la Plata, y consolidado la ocupación de la Alta California, pero «todos los esfuerzos hechos para persuadirles [a los ingleses] a devolver Gibraltar fueron inútiles» (49). Sin embargo, desde el punto de vista económico, la guerra resultó nefasta, provocando el agotamiento de los recursos fiscales y un endeudamiento endémico (50), sin que por añadidura se hubiese conseguido poner término a los ataques constantes británicos a las rutas comerciales con América.

La entronización de Carlos IV, en 1788, coincide prácticamente con el estallido de la Revolución francesa, que produjo un cambio radical de rumbo en la política exterior hispana. Si bien inicialmente se optó por una política de apaciguamiento, a fin de no complicar aún más la apurada situación del rey vecino —materializada en la sustitución de Floridablanca por el conde de Aranda al frente de la Secretaría de Estado—, esta actitud conciliadora pronto

---

(48) RUIGÓMEZ GARCÍA, M.P.: «La política exterior de Carlos III», en BATLLORI, M. (coord.): *La época de la Ilustración. Las Indias y la política exterior*, t. XXXI, vol. II, de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Espasa-Calpe, Madrid, 1987, p. 371.

(49) «Los ingleses preferían hacer cualquier sacrificio antes que ese». DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Carlos III y la España de la Ilustración*. Alianza, Madrid, 1988, p. 172.

(50) Como consecuencia de los enormes esfuerzos y recursos dedicados a la guerra contra Inglaterra, y buscando compensar la pérdida de ingresos resultante del bloqueo sufrido, «los técnicos hacendísticos de Carlos III, para evitar una elevación de los impuestos, que hubiese podido promover un movimiento de rechazo por parte de la sociedad, apeló al crédito extranjero, con la banca de Ámsterdam». En RUIGÓMEZ GARCÍA, M.P.: «La política exterior de Carlos III...», p. 444.

se mostró incapaz de evitar la caída del monarca francés. La política de expansión revolucionaria emprendida por la nueva república acabó por convencer a los reyes españoles de la necesidad de dar un nuevo rumbo, de modo que Aranda fue sustituido por Manuel Godoy el 15 de noviembre de 1792. Fracasado el sistema político de Carlos III y sus representantes, Manuel Godoy representará una opción no identificada con el pasado, al margen de los intereses de grupos políticos, militares y de opinión, y sin otro objetivo que el dictado por la propia ambición. En palabras del propio Godoy, fue precisamente su insignificancia la razón de que el rey le elegiese, pues con su nombramiento este tendría «un hombre de quien fiarse como hechura propia suya, cuyo interés personal fuese al suyo, cuya suerte pendiese en todo caso de la suya, cuyo consejo y cuyo juicio, libre de influencias y relaciones anteriores, fuese un medio más para su acierto o su resguardo, en los días temerosos que ofrecía Europa» (51).

Fracasado el intento de salvar la vida de Luis XVI, los éxitos militares de la Convención amenazaron con extender la revolución a España y derrocar a otro Borbón. Francia declaró la guerra a España el 7 de marzo de 1793, quebrando la tradicional política borbónica que veía en los Pactos de Familia la mejor forma de conjurar el peligro de una costosa guerra con el país vecino, y empujando a la Monarquía a buscar en su tradicional enemigo inglés un aliado de urgencia. Las relaciones entre ambas coronas fueron complicadas, caracterizadas por el mutuo recelo, alimentado, en lo que a España se refiere, por los numerosos ejemplos de deslealtad los británicos (52). La desconfianza española hizo que no se arriesgase la fuerza naval en ninguna acción comprometedoras, lo que le permitió salir de la guerra con una Marina prácticamente intacta.

El ejército borbónico, incapaz de hacer frente a una nación en armas, vio cómo las fuerzas de la Convención invadían el territorio español y se extendían por Guipúzcoa, Navarra y Gerona. La toma de Vitoria, en julio de 1795, empujó a Godoy a solicitar la paz unilateralmente, que se firmó el 22 de julio de 1795 en Basilea a cambio de la recuperación de todo el territorio peninsular y de la isla de Santo Domingo.

---

(51) GODOY Y ÁLVAREZ DE FARIA, M.: *Memorias* (ed. de LA PARRA, E., y LARRIBA, E.). Universidad de Alicante, 2008, p. 212. La cita está entresacada del cap. XV del t. I, que junto con los caps. XIV y XVI están dedicados a dar «respuesta a las injurias que acerca de esta guerra [la de 1793 contra la República Francesa] han escrito contra mí», en PRADT, M.: *Memorias históricas sobre la revolución de España*. Bayona, 1916.

(52) Disponemos de un análisis detallado acerca de la Armada y las relaciones internacionales, en el período comprendido entre 1792 y 1808, en GUIMERÁ RAVINA, A.: «Godoy y la Armada», en MELÓN, M.A.; LA PARRA, E., y TOMÁS PÉREZ, F. (dirs.): *Manuel Godoy y su tiempo. Congreso Internacional Manuel Godoy (1767-1851)*, vol. I (Badajoz, octubre de 2001). Editora Regional de Extremadura, Mérida, 2003, pp. 381-403. Se recogen ejemplos concretos que evidencian las deslealtades sufridas por parte de la Marina británica durante su alianza con España en la guerra contra la Convención (pp. 381-396).



## La paz de Basilea (1795) y recuperación de la alianza con Francia (1796)

Incapaz de un enfrentamiento con el país vecino, España firmará el 18 de agosto de 1796 una nueva alianza con la República Francesa: el tratado de San Ildefonso, de carácter defensivo y ofensivo contra Gran Bretaña. Justificada en la secular amenaza que esta representaba para los intereses del imperio español, en realidad esconderá una capitulación. Por otro lado, en Francia, la Convención había sido disuelta en octubre de 1795 y sustituida por un Directorio de carácter moderado, facilitando así el retorno a la secular alianza con España, una alianza, pese a todo, entre «amigos incómodos».

Además de conjurar la amenaza permanente que representaba la superioridad del ejército del vecino francés y del interés compartido frente al enemigo británico, se pretendía la salvaguarda de los intereses españoles en Italia. Frente a la expansión de la República Francesa en territorio italiano, plasmada en la creación de la República Cisalpina y las ambiciones propias respecto del reino de Nápoles, gracias a una hábil política exterior España consiguió mantener y engrandecer territorialmente el ducado de Parma (53), si bien se vio obligada a renunciar en favor de Francia a mantener un área de influencia privilegiada en el Mediterráneo a través de Nápoles.

Los fatales resultados de esta alianza se materializarán pronto con la derrota del cabo de San Vicente, la pérdida de Trinidad en América y, sobre todo, el ataque a las comunicaciones con las colonias y el bloqueo británico de Cádiz (54). El tratado convertía a España punto menos que en un satélite de un aliado cada vez más insaciable y exigente, a cuya práctica disposición ponía su flota. Será precisamente la derrota del cabo de San Vicente la que provoque la destitución de Córdova y su reemplazo por Mazarredo, en marzo de 1797, al frente de la Escuadra del Océano, integrada en la flota francoespañola.

## La Marina como instrumento de la diplomacia y política exterior de España

Hemos visto cómo la guerra que siguió al tercer Pacto de Familia en 1761 se decantaba del lado de Inglaterra, hasta concluir en febrero de 1763 con la cesión a Gran Bretaña de la Florida y todos los territorios de Norteamérica al este del Misisipí. Por ello, a partir de 1763 se iniciará un programa de recuperación y ampliación de la Marina española, del que será partícipe Mazarredo y

---

(53) LA PARRA LÓPEZ, E.: *Manuel Godoy...*, pp. 141-142.

(54) AHN, Estado, leg., 4939, correspondencia con Manuel Godoy comunicando noticias sobre el bloqueo de Cádiz por el almirante inglés Jervis y petición de suministros. Navío *Concepción*, 11 y 21 de abril de 1797. El 9 de mayo, reclamando sea reclutado personal por la escasez y necesidad para operaciones (es curiosa su protesta denunciando la ausencia de catalanes), y el 7 de julio, reportando sobre el bombardeo de Cádiz.

que dará resultados en el siguiente enfrentamiento bélico con Gran Bretaña, durante la Guerra de la Independencia norteamericana, que concluirá con la paz de París en 1783. En ese momento, la Monarquía hispánica alcanzó su máxima extensión en tierras americanas, al haber recuperado la Florida, restablecido el dominio indisputado sobre la región de Río de la Plata y consolidado la ocupación de la Alta California. Este gigantesco cambio de escala, que requería nuevas e imaginativas fórmulas de gestión política, administrativa, económica y militar del Imperio, supuso todo un reto para los reformistas ilustrados.

La sucesión de guerras derivadas de la política exterior de los años previos había debilitado la Flota, expuesto las comunicaciones con América a los permanentes ataques ingleses —con el consiguiente quebranto para el comercio— y derivado en un fuerte endeudamiento. Sin embargo, los años de paz que siguieron al tratado de París propiciaron cierto crecimiento y desarrollo industrial que permitieron continuar con el rearme de la Marina española, hasta hacer de ella un instrumento eficaz para la gestión del imperio colonial y la política exterior. En este sentido, hemos visto cómo, entre 1784 y 1795, Mazarredo redactará numerosos informes y participará en comisiones sobre la construcción de navíos y fragatas, desarrollará las Reales Ordenanzas, que posibilitarán la organización de la Marina española, y participará en la reforma y creación de los centros para la formación de los futuros oficiales (55).

Sin embargo, en 1793 España vuelve al estado de guerra, esta vez contra la Convención, pese a lo cual se consiguió preservar a la Marina, a pesar de las presiones británicas para emplearla en combate, si bien el agotamiento de los recursos a causa del conflicto dejó a la Real Armada sin los aprovisionamientos necesarios. Ello, unido a los efectos del obligado retorno, en 1796, a la alianza con Francia en contra de Gran Bretaña, que interrumpió de nuevo del comercio con las colonias, acabó por paralizar virtualmente la actividad en los astilleros españoles. El tratado de San Ildefonso ponía la Marina española al servicio de Francia, señalando el declive definitivo del poder marítimo hispano y la «ausencia de razones para una marina nacional» (56). «Desde 1792, fecha del nombramiento de Godoy como secretario de Estado, la Monarquía española se halló siempre en los fuegos cruzados del largo enfrentamiento franco-británico, donde no hubo cabida para la neutralidad» (57).

En este contexto de alianza con la República Francesa, enfrentamiento con Gran Bretaña y estancamiento en la Marina, Mazarredo, desde 1797, tendrá un gran protagonismo al mando de la Escuadra del Océano y, a partir del 29 de agosto de 1799, en la gestión diplomática de la alianza francoespañola.

---

(55) GUIMERÁ RAVINA, A.: «Mazarredo, un marino ilustrado...», p. 32-36.

(56) LYNCH, J.: *El siglo XVIII*. Crítica, Barcelona, 1991, pp. 353-355.

(57) GUIMERÁ RAVINA, A.: «Godoy y la Armada», p. 385.

### Mazarredo, embajador. La comisión de París (1799-1801)

Vimos cómo las derrotas de San Vicente y Trinidad habían supuesto dos acontecimientos dramáticos en el curso de la guerra hispanofrancesa frente a Gran Bretaña. La pérdida de Trinidad ponía de manifiesto que España ya no dominaba las rutas oceánicas entre la Península y sus Indias, y San Vicente, las carencias de la Marina española frente a la inglesa. Es entonces cuando Mazarredo asume el mando (58) de la Escuadra española del Océano, que se hallaba fondeada en el puerto de Cádiz, mientras el almirante inglés Jervis, expectante con la suya en Lisboa, había enviado trece navíos frente a la bahía de Cádiz y alrededores para, en cuanto recibiese aviso de salida de la escuadra española, entrar en batalla. Mazarredo, consciente de la inferioridad hispana, evidenciada en los precedentes inmediatos, trató de evitar la salida de la flota, habida cuenta el elevado riesgo de perderla (59). Pero lo deteriorado de las relaciones entre París y Madrid forzó a Godoy a ceder a las presiones francesas y ordenar la salida de la escuadra para enfrentarse con los navíos británicos. Cumpliendo órdenes, Mazarredo zarpó el 7 de febrero de 1798 (60), pero evitó el encuentro y finalmente optó por una retirada táctica, de modo que el 17 del mismo mes volvía a entrar en puerto (61).

En mayo de 1797 Godoy había enviado como embajador en París a Francisco Cabarrús con un doble objetivo: sondear si era hacedero firmar con Gran Bretaña una paz por separado, a cambio de la restitución de Gibraltar, en las próximas negociaciones de paz con Inglaterra en Lille, finalmente frustradas, y evaluar las posibilidades de que los sectores moderados y realistas recuperasen el poder en Francia. Fracasadas las negociaciones, Francia apostará por la invasión de Inglaterra primero y la ocupación de Portugal después como propuesta más realista para debilitar al enemigo común. La situación para el favorito se terminaría haciendo insostenible, pues la invasión de Portugal repugnaba al monarca español y Godoy hubo de rechazarla en repetidas

---

(58) «... Mazarredo era un hombre apasionado y enérgico. Sus denuncias sobre el mal estado de la Armada ocasionaron finalmente su caída en desgracia en 1876. El fracaso del cabo de San Vicente en febrero del año siguiente impulsó su rehabilitación por el nuevo ministro, su amigo Juan de Lángara (1796-1799), nombrándole jefe de la escuadra del Océano, donde desarrolló una labor eficazísima en los años 1797-1801». GUIMERÁ RAVINA, A.: «Napoleón y la Armada...», p. 521. Este artículo resulta referencia imprescindible para comprender el lugar que ocupan nuestro personaje de manera particular y la Armada en general en los acontecimientos de aquel período.

(59) AHN, Estado, leg. 4939. Correspondencia de Mazarredo con Manuel Godoy manifestando falta de dinero, 30 de mayo de 1797. Y en otra, esta de 8 de agosto, le envía propuesta mínima de personal requerido para tripular la escuadra, y de la que carece para realizar operaciones.

(60) *Ibídem*, correspondencia de Mazarredo a Godoy comunicando la salida de la flota. Navío *Concepción*, 9 de febrero de 1798. Mazarredo mantendrá la correspondencia con Godoy los días 13, 15, 16, 20, 23, 27 y 30 marzo, a pesar de que éste ya había cesado. A partir del 3 de abril su destinatario será Francisco de Saavedra.

(61) CEPEDA GÓMEZ, J.: «El almirante Mazarredo...», pp. 67-68.

ocasiones ante el Directorio, lo que le convirtió en un personaje incómodo al que, por añadidura, el órgano ejecutivo francés acusaba de haber colaborado, a través del embajador en París, con moderados y monárquicos durante los sucesos golpistas del 18 Fructidor. Paradójicamente, ante la opinión pública y popular española, muy católica, Godoy simbolizaba por el contrario la alianza con la Francia republicana, que acababa de invadir los Estados Pontificios y proclamar la República Romana el 7 de marzo de 1798, hecho que Godoy ni siquiera pudo contrapesar con el engrandecimiento del ducado de Parma (62). Así las cosas, el 28 de marzo caía el secretario de Estado, que era sustituido por Francisco de Saavedra, quien ocuparía el despacho desde el 30 de marzo hasta el 22 de octubre de 1798.

Para la Armada, este lapso entre 1796 y 1805 sería un largo período de paralización. Interrumpido el comercio con las Indias por los permanentes ataques de la flota inglesa, y endeudado el Estado para hacer frente a la situación de guerra, prácticamente no se construirá ningún navío —el último fue de línea botado en junio de 1798—. Los buques habrán de proveerse de suministros y repuestos mediante el trueque recíproco. «Faltan los repuestos y Mazarredo recurre a la “canibalización” de su escuadra, desarmando algunos buques para armar otros» (63). En contraste, el gobierno británico no escatimaba dinero para la Royal Navy, cuyos barcos se hallaban siempre en perfecto estado, servidos por nutridas tripulaciones e integrados en escuadras comandadas por almirantes de la talla de Nelson, Jervis, Collingwood o Calder. Así pues, Mazarredo, consciente de la desventaja, procurará evitar cualquier enfrentamiento, buscando siempre refugio en Cádiz, Cartagena (64) o, a partir de la unión de ambas escuadras, Brest.

### **Urquijo. Una alianza de recelos y ayuda mutua frente al enemigo británico**

Francisco de Saavedra ocuparía la Secretaría de Estado desde el 30 de marzo. Con ello se satisfacía la demanda francesa de un cambio en el gobierno del órgano, pero sin que ello llevará aparejado ningún cambio en la política exterior, ni en las directrices fundamentales en las relaciones con el Directorio. La salud de Saavedra se resintió pronto por este cúmulo de responsabilidades, que le provocarán en agosto un ataque que le dejó sin habla ni facultades para continuar (65), hasta el punto de que Mariano Luis de Urquijo hubo de ser habilitado por Carlos IV para que firmara en lugar del enfermo. Urquijo fue nombrado secretario de Estado interino en febrero de 1799, como gesto del rey de rechazo contra las presiones ejercidas por el Directorio para que

---

(62) LA PARRA LÓPEZ, E.: *Manuel Godoy...*, pp. 200-217.

(63) MERINO NAVARRO, J.P.: *La Armada en el siglo XVIII*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 1981, pp. 140-141.

(64) CEPEDA GÓMEZ, J.: «El almirante Mazarredo...», p. 69.

(65) ROMERO PEÑA, A.: «Mariano Luis de Urquijo...», p. 58.

fuese nombrado el entonces embajador de España en París, José Nicolás de Azara. Las relaciones entre Urquijo y Azara se agravarían con el paso de los meses, con el primero acusando al segundo de haberse convertido en un instrumento de las exigencias francesas. Mientras, la tensión y la desconfianza hacia España iban adueñándose del Directorio, que veía cómo el gobierno hispano eludía el compromiso de enviar socorros militares, suscrito en el tratado de San Ildefonso, lo que afectaba a empresas militares republicanas de primer orden, como la campaña de Napoleón en Egipto (66).

Napoleón, concluida su expedición a Italia en 1797, se centró en la organización de los territorios conquistados. Apoyado por un Directorio interesado en mantenerle lejos de París, emprendió en marzo de 1798 una campaña científico-militar en Oriente Próximo. Con la finalidad de perjudicar las comunicaciones británicas con la India, en la batalla de las Pirámides conquistó Egipto, pero la derrota en la bahía de Aboukir a manos de Nelson destruyó su flota, con lo que todo su ejército quedó allí atrapado. Así las cosas, hasta 1799 Napoleón no podrá partir hacia París, donde la inestabilidad política favorecería el golpe del 18 de Brumario (9 de noviembre), que sustituyó el Directorio por el Consulado, desde el que dominaría el nuevo régimen como primer cónsul. Charles Maurice de Talleyrand, quien ya había venido pilotando la política exterior del Directorio, se ocupará de dirigir el ambicioso proyecto expansionista del Consulado francés, que cristalizará en la instauración del imperio napoleónico.

La llegada del Consulado, con Napoleón de primer cónsul, coincidirá con la destitución, tan solo tres meses antes, del embajador Azara, exonerado en agosto de 1799 de su cargo por Urquijo, quien veíamos que se quejaba «amargamente de que España fuese tratada como una provincia francesa más» (67).

La presencia de su amigo y paisano Mazarredo (68) en Brest, al mando de la Escuadra del Océano, hará de este la persona ideal para encomendarle la misión diplomática en París. Su celo a la hora de proteger los navíos españoles desde que asumiera el mando de la Escuadra del Océano en tiempos de Godoy, evitando cualquier enfrentamiento arriesgado con la flota británica, le hará acreedor de la total confianza de Madrid (69), que lo nombrará embajador extraordinario y ministro plenipotenciario (70). Este celo se pondrá de manifiesto una vez más en la primavera de 1799, cuando, a pesar de sus denuncias las carencias de la Armada (71), por insistencia francesa se unieron

---

(66) *Ibidem*, pp. 59-60.

(67) *Ibidem*, p. 60.

(68) AHN, Estado, leg. 4047, cajas 1 y 2. Correspondencia entre Mazarredo y Urquijo (1799-1802). Contiene todas las cartas que se cruzaron Mazarredo y Urquijo, en las que este último se dirige a aquel siempre en estos términos: «Amigo mío y paisano amado...» y «Mí muy amado paisano y amigo...». Mazarredo, por el respeto militar debido, siempre le contestará con mucha formalidad: «Exmo. Sr...»

(69) ROMERO PEÑA, A.: «Mariano Luis de Urquijo...», p. 60.

(70) PAVÍA, F.: *Galería biográfica de los generales de Marina...*, t. II, p. 439

(71) AHN, Estado, leg. 4939. Correspondencia de Mazarredo con Urquijo. Cádiz, 12 de abril de 1799. En ella denunciará que «en tal día como hoy en el mes antecedente representé a Vd. la calamidad de esta marina, á que me contestó con fecha del 20 y volví a representarle el

ambas escuadras en Cádiz y después se dirigieron a Brest (72) con grave riesgo de exponerse al peligro de un enfrentamiento con la británica.

La elección de Urquijo evidencia la intención de Carlos IV de no tolerar la menor injerencia francesa en su política interna, y Mazarredo, como embajador desde agosto de 1799 en París, será su hombre de confianza para proteger los intereses de la Marina española y, sobre todo, evitar exponerla a su destrucción en aventuras arriesgadas. En el nombramiento enviado al Directorio, Carlos IV se expresaba en estos términos de Mazarredo: «tenía la convicción íntima en que estamos de los conocimientos profundos, acreditado celo, larga experiencia y particular acierto con que el Teniente General don José de Mazarredo se ha distinguido siempre en las importantes y delicadas comisiones que hemos confiado a su actividad, juicio y perfecta inteligencia de los mejores medios» (73).

Desde Brest, donde dejará a Federico Carlos Gravina como comandante general interino de la escuadra, Mazarredo partirá el 24 de agosto de 1799 a París. A su llegada «todo fueron atenciones, queriéndosele influenciar con el halago, desconociendo su manera de ser: de las primeras demostraciones que le hicieron, fue regalarle una excelente armadura de Versalles (74)».

Mazarredo apenas se reunió con el Directorio una vez, el 13 de septiembre. El máximo órgano ejecutivo francés delegó en el almirante Bruix para que discutiera con él los pormenores de un plan de invasión de Inglaterra, algo que nuestro hombre siempre consideró una entelequia. El golpe de Brumario, como veíamos, dio el poder Napoleón el 9 de noviembre.

La derrota de la flota de Napoleón en Egipto, unida a la pérdida otra vez de la isla de Menorca a manos inglesas justo en noviembre del año anterior, cerraban un 1799 en el que la superioridad de la Royal Navy frente a la Real Armada y la Marine contrastaba con la de los ejércitos de la República, mandados por una generación de generales surgidos del Antiguo Régimen, aderezada con otros incorporados por la Revolución.

Pero si estos se habían hecho con el control del continente, los almirantes ingleses eran los señores de los mares (75), así que Napoleón iba a necesitar la flota española si quería tener alguna posibilidad de hacer realidad la sucesión de planes pospuestos indefinidamente o cancelados, tales como la invasión de Inglaterra primero, de Irlanda después, el socorro de Malta —sometida al bloqueo británico desde que Bonaparte la tomara en el verano 1798—, o el rescate del grueso del ejército de Egipto, donde permanecían 40.000 hombres que habían sido transportados en la escuadra france-

---

29 acrecida como era natural, no habiéndose recibido en el intermedio más de medio millón de reales, imagine Vd. qual deberá ser ahora sin ningún ingreso posterior».

(72) Véase, a propósito de la estancia de la escuadra en Brest entre 1799 y 1802, CARLAN, J.M.: *Navíos en secuestro. La escuadra española del océano en Brest, 1799-1802*. Instituto Histórico de la Marina, Madrid, 1951.

(73) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, p. 101.

(74) *Ibidem*.

(75) CEPEDA GÓMEZ, J.: «El almirante Mazarredo...», pp. 68-69.



sa destrozada por Nelson, formada por trece navíos de línea y noventa buques de guerra. Además, Napoleón era consciente de que la única forma de derrotar a Inglaterra era destruir su flota o bloquear el flujo comercial con Londres u otros puertos europeos. Para ello necesitaba los barcos españoles, conservados gracias a la diligencia en evitar enfrentamientos de Mazarredo y del resto de los marinos nacionales, por más que estuviesen pésimamente provistos de suministros y recursos (76). De ahí que en las negociaciones y discusiones con el Consulado tales barcos siempre estuviesen presentes, como antes lo habían estado con el Directorio. Para persuadir a España, Napoleón creía disponer de una baza inmejorable: la debilidad de la familia real por el ducado de Parma (77), que seguirá ocupando un lugar prioritario en la agenda de Urquijo (78).

Mazarredo celebrará la primera conferencia con Napoleón el 15 de noviembre, y el 17 le presentará por escrito sus ideas y planes. Señalando la imposibilidad de desembarcar tanto en Gran Bretaña como en Irlanda, habida cuenta la superioridad que la cercanía a sus bases confería a los barcos ingleses, propondrá que ambas flotas aliadas se dirijan al Mediterráneo, para reconquistar Menorca y, una vez asegurada esta base, socorrer Malta (79). Ante la falta de receptividad de Napoleón hacia esta propuesta —el corso recelaba de enviar con la española a toda la flota francesa—, Mazarredo le propondrá un segundo plan el 27 de noviembre, plan que se articula en nueve puntos que contemplan la permanencia de 25 navíos franceses en Brest. Solo seis zarparían con la escuadra española, a la que reforzarían doce navíos provenientes de Ferrol y Cádiz. Mazarredo insistirá en que los navíos franceses y los españoles se mantengan unidos y que no separen salvo que hubiesen destruido previamente los barcos ingleses que bloqueaban la bahía de Cádiz, caso de tropezarse con ellos. Si se dieran esas favorables circunstancias, las flotas podrían separarse y simultanear las operaciones de Menorca y Malta.

Pero Napoleón demorará su respuesta, pretextando que otras ocupaciones de mayor seriedad reclamaban toda su atención. Y aunque el corso aceptará por último la propuesta de Mazarredo, lo hará a condición de que este obtenga autorización escrita del rey español, lo que aquel solicitará por carta, remitida a través de Urquijo, el 6 de diciembre, a pesar de que el embajador

---

(76) *Ibidem*, pp. 69-73.

(77) ROMERO PEÑA, A.: «Mariano Luis de Urquijo...», p. 63.

(78) AHN, Estado, leg. 4632, varios asuntos de estado de la negociación de Parma (1798-1800), 7 de agosto y 15 de agosto de 1800. Correspondencia y oficios entre Urquijo y Tayllerrand a través del embajador Musquiz en París para asegurar y requerir del General Masséna, destinado en Italia por el Consulado, «la seguridad y tranquilidad de los estados de SAR el Sr. Infante Duque de Parma» y «que los Estados del SAR el Sr. Infante Duque de Parma queden a cubierto de toda exacción de requisiciones y contribuciones por parte de las tropas francesas».

(79) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, pp. 102-103. Advuértase la tenacidad de Mazarredo en su empeño por preservar la escuadra y no comprometerla en ninguna operación temeraria.

ostentaba poderes y de que obraba ya en su poder la aprobación regia al anterior plan (80).

Mazarredo recibió la confirmación real al plan desde España el 26 de diciembre. El 28 se reúne con Napoleón, cuatro días después de que la Constitución del año VIII consagrara a Bonaparte en su cargo de primer cónsul y le confiriese poderes dictatoriales. En carta dirigida a Urquijo del mismo 28 de diciembre (81), Mazarredo traslada al destinatario el estado de perplejidad en que le ha dejado esa reunión, en la que Bonaparte había demostrado una total indiferencia hacia su segundo plan y le había reprochado la forma en que «la España había visto con displicencia al contrario que el resto de las potencias la novedad de gobierno en la Francia». Como prueba de la falta de simpatía española hacia el régimen que le ha aupado a la cúspide del poder, el primer cónsul señala «la seca denegación de unos bergantines» que habían sido solicitados para el rescate de las tropas de Egipto, si bien no culpa de esta omisión al rey, sino a su ministro Urquijo.

Para conocer los detalles de lo ocurrido en aquella crisis diplomática disponemos de una queja redactada y presentada por Mazarredo al primer cónsul el 11 de enero (82), en la que él mismo nos cuenta los pasos que siguió para superarla. Y así, señala que, después de la aciaga conferencia con Bonaparte, regresó el 30 de diciembre para tratar de retomar las negociaciones del segundo plan propuesto y subrayar la conformidad del rey español con el mismo. Bonaparte vuelve a manifestar su contrariedad por la falta de respaldo del gobierno español al nuevo régimen, la denegación de navíos para el socorro de sus tropas en Egipto y la destitución del anterior embajador, Azara. A pesar de la desconfianza manifestada hacia Urquijo, Napoleón reitera a Mazarredo la confianza y respeto que su persona le merecen, y expone que si le traslada sus reticencias con tanta franqueza es para disipar «sus causas y (...) [que no quede] vestigio de desacuerdo entre los dos gobiernos».

Mazarredo indica en su queja que, en los sucesivos encuentros del 4 y 7 de enero, Bonaparte mantiene las acusaciones «de displicencia del ministro Urquijo hacia la Francia y sus muestras en la denegación de las embarcaciones para Egipto», sin abordar las operaciones del plan propuesto por Mazarredo, siendo así que en el mismo escrito el plenipotenciario español detalla en doce puntos las innumerables muestras de lealtad que el rey y Urquijo han

---

(80) AMN, CAM, leg. 2331, de agosto 1799 a febrero 1801, pp. 1-25. Don Antonio de Mazarredo y Allendesalazar, bisnieto del almirante Mazarredo, recoge en un cuaderno manuscrito de 157 páginas una descripción de la comisión de su bisabuelo en París entre agosto de 1799 y 1801, basada en la correspondencia existente en los archivos que conservaba en la casa familiar, sita en el número 100 de la madrileña calle de Lagasca. En la actualidad forma parte del t. I de la colección Antonio Mazarredo.

(81) AHN, Estado, leg. 4047. Carta de Mazarredo a Urquijo. París, 28 de diciembre de 1799.

(82) AMN, CAM, leg. 2391, ff. 1-11. Escrito de Mazarredo a Napoleón Bonaparte para satisfacer las quejas que ha manifestado contra el gobierno español. Es una minuta de 11 folios que envía con carta del 13 de enero a Urquijo. París, 11 de enero de 1800. Copia también en AHN, Estado, leg. 4047, 13 de enero de 1800.

dado hasta la fecha. Por ello consideraba desproporcionada la desconfianza hacia el ministro por la denegación de los navíos para Egipto, trasladándole con toda «la anchura» de su carácter (83) «el derecho de objetar libremente uno de los gobiernos en el marco de la alianza aquellos aspectos que se consideren perjudiciales, persiguiendo un mismo fin». Una vez más, Mazarredo dará muestras de representar la firme actitud de independencia que Urquijo, respaldado por el rey de momento, pretende mantener, actitud para la que contará con el total apoyo del rey (84).

El primer cónsul responderá, con indiferencia hacia su persona, desviándole al general Clarke y a Talleyrand para tratar sobre el segundo plan de operaciones por él propuesto (85), con reuniones en las que abundaban las divagaciones sobre las posibles operaciones en Irlanda y Malta, pero sin llegar nunca a conclusión alguna (86).

Para mayor sorpresa, el general Clarke le propondrá un plan alternativo obra del propio Bonaparte (87). Mazarredo, sospechando que están intentado entretenerle, cosa en la que no se equivocará, comunica a Madrid que, si finalmente sale embarcado de Brest con un plan de operaciones, en caso de que este sufra después cualquier variación se separará de la flota combinada y conducirá la suya a puertos españoles (88). Sus sospechas se verán confirmadas cuando el almirante Gravina —quien, como quedó dicho, comandaba interinamente la escuadra española en Brest— le escribe que por orden del almirante Bruix sale de operaciones en flota combinada para ahuyentar a la inglesa, de cuya cercanía se tienen noticias, y dirigirse después a socorrer Malta y recuperar Menorca. Mazarredo, ignorante de esta circunstancia,

---

(83) AMN, CAM, leg. 2391. París, 11 de enero de 1800. «12.— Sobre la denegación de embarcaciones para Egipto que se os hizo entender y habéis considerado como una frialdad e indiferencia y aún contradicción personal del ministro, yo he visto la carta y en ella no puedo excusarme de decirlo con toda la anchura de mi carácter, no veo más que un lleno de sabiduría en política y arte marinera y un rebosamiento de amistad proponiendo un medio que conduce mejor al mismo fin, salvando las dificultades que le harían perjudicial y nulo en aquellos dos cabos: siendo innegable que si dos potencias aliadas no pueden hacer sus respectivas observaciones para mejorar las primeras concepciones aun cuando fuera posible comprometerse a que la primera voz de cualquiera de ellas fuese seguida por la otra, la alianza perdería las ventajas del concierto reflexivo que es el que debe reglar las operaciones y no cabría buen éxito en ellas».

(84) *Ibíd.*, f. 18. Mariano Luis de Urquijo, en carta particular, comunica a Mazarredo el aprecio del rey a toda su actuación. Madrid, 27 de enero de 1800.

(85) *Ibíd.*, ff. 12-17. Mazarredo comunica a Urquijo las entrevistas y comunicaciones tenidas con Bonaparte, Talleyrand y Clarke sobre el plan de operaciones propuesto por él en noviembre anterior. París, 26 y 27 de enero de 1800.

(86) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, p. 104.

(87) AMN, CAM, leg. 2391, ff. 21-31. Mazarredo escribe al general Clarke acerca del plan de operaciones que propone Bonaparte, París, 17 de enero de 1800; ff. 22-20, 24 de febrero, Mazarredo escribe a Clarke con reflexiones sobre los dos planes de operaciones presentados por Mazarredo el día anterior, folio 24 de febrero; ff. 27-31. Mazarredo refiere a Urquijo todas las incidencias de sus relaciones con Bonaparte y el general Clarke desde el 2 de febrero hasta la fecha, 26 de febrero.

(88) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, p. 105.

protesta por carta al general Clarke (89), no se deja engañar y ordena a Gravina que permanezca en Brest (90).

Manifiestará a Bonaparte el riesgo que hubiese supuesto la salida de ambas flotas y un posible enfrentamiento con la inglesa, mucho más poderosa. Tres eran las preocupaciones de Bonaparte respecto de la flota combinada en Brest: la amenaza de que la plaza fuese ocupada por los realistas de La Vendée que la sitiaban, la urgencia de socorro que requería la asediada Malta, y rescatar las tropas de Egipto. A Mazarredo, por el contrario, la salida de la flota española, falta de gente, jarcia, cables, pertrechos y medios en general, con el riesgo de enfrentarse a la poderosa flota septentrional inglesa, le parecía arriesgada, y la aventura de Malta y Egipto, imposible con unos barcos tan alejados de cualquier base. Por ello insistía en que la toma de Menorca, empresa más fácil, era tácticamente prioritaria para facilitar el posterior socorro a Malta (91).

Los intentos de arrastrar a la escuadra española fuera de puerto se sucederán, al igual que las tretas para embaucar a Mazarredo, a quien Bonaparte expresa su disposición a satisfacer su propuesta de recuperar Mahón en primer término, pero sin que nada apunte a que efectivamente se esté aprestando a ello (92). A mediados de marzo parece llegarse a un acuerdo para salir de puerto y enfrentarse a la flota inglesa de bloqueo, pero finalmente se malogrará (93). Napoleón partirá a la campaña de Italia para recuperar el territorio que había ocupado Austria. A su regreso a París (94), en julio de 1800, tras la victoriosa batalla de Marengo, se planteará la cuestión de quién asumirá el mando de la escuadra combinada, así como la conveniencia, en la que insistirá Mazarredo repetidamente, de trasladar la flota combinada a Cádiz, pues hallándose reforzada la flota inglesa del Canal, la combinada carecía de cualquier oportunidad de enfrentarse a ella con éxito o de desembarcar en Inglaterra o Irlanda (95). Además, la situación de escasez de dinero, suministros, víveres... de la flota española en Brest empeoraba de día en día, hasta el punto de que los robos y alborotos entre la tripulación empezaban a proliferar.

---

(89) AMN, CAM, leg. 2391, ff. 32-33. Mazarredo manifiesta al general Clarke su sorpresa por la orden a Gravina para que salgan 15 buques españoles al mando del almirante Bruix y el contralmirante La Crosse. París, 27 de febrero de 1800.

(90) *Ibidem*, f. 35. Mazarredo insta a Gravina a no obedecer las órdenes del almirante francés Bruix. París, 2 de febrero de 1800.

(91) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, pp. 106-107.

(92) Mazarredo realizará el 9 de marzo de 1800 una propuesta de acción de las fuerzas navales aliadas, que se plasmará en dos planes de actuación posibles a elección del propio Napoleón, sin que ninguno se lleve a término. Un análisis detallado y magníficamente contextualizado sobre la diferente interpretación que de la guerra naval hacen Mazarredo y Napoleón en GUIMERÁ RAVINA, A.: «Napoleón y la Armada», pp. 519-538.

(93) AMN, CAM, leg. 2391, ff. 53-55. Clarke pide por escrito a Mazarredo verle antes de partir hacia Brest. Carta de Mazarredo a Gravina para suspensión de las órdenes de salida dadas noticias por aumento de la escuadra inglesa de bloqueo. París, 21 y 22 de marzo de 1800.

(94) *Ibidem*, ff. 158-165. Mazarredo comunica a Urquijo el regreso de Bonaparte a París el 2 de julio y las causas de este regreso, y remite copia de la carta enviada a Napoleón sobre el estado de la flota española. París, 10 y 21 de julio de 1800.

(95) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, pp. 110-111.

Con ocasión de la ruptura de relaciones con Portugal, Mazarredo insistirá ante Bonaparte en la conveniencia de trasladar la flota combinada a Cádiz (96), pero seguirá sin recibir ninguna respuesta de este, a pesar de su insistencia y de que la decisión de partir hacia Brest estaba ya tomada. Tras conseguir por fin el 9 de octubre una entrevista, esta concluirá en un nuevo aplazamiento del traslado, ahora por indicaciones del gobierno español como consecuencia de las noticias sobre un brote de peste en Cádiz. La orden de partir hacia Brest se aplaza al 24 de octubre, esta vez en razón de las maniobras de Talleyrand y Bonaparte ante el gobierno español (97). Aún habrá una tercera orden de salida de la flota española ante los ataques ingleses a Ferrol, a dos fragatas fondeadas en Barcelona y a un convoy procedente de América. El secuestro de la flota española en Brest había dejado el imperio colonial y las costas peninsulares inermes ante los ataques británicos, que actuaban con entera libertad. Esta real orden remitida por Urquijo como acuse de recibo y respuesta a la situación que Mazarredo le estaba reportando merece ser destacada, por resumir lo que estaba ocurriendo y ser expresiva de la firmeza del ministro frente a las presiones francesas:

«No solamente ha encontrado el rey N.S. muy justas y fundadas las observaciones de V.E. y pasos dados con ese gobierno sobre la traída escuadra de su mando a Cádiz y que me ha participado por cartas de 29 y 9 del corriente, sino que viendo S.M.: que con pretexto de negociaciones y de ser contraria a ellas la ida de V.E. a Brest ha querido detenerle, cuando si los enemigos se hubiesen de alarmar más deberían hacerlo por la salida de su expedición a Santo Domingo en que ni han contado con S.M. ni se lo han participado, debiendo haberlo sabido por las gacetas públicas, me manda decirle que inmediatamente que reciba ésta se despida, vaya a Brest, tome el mando de su escuadra y se venga a Cádiz en donde ya se ha extinguido la epidemia.

»Para esto es escusado decir a V.E. que aproveche la primera y más segura ocasión, ni los medios ni modos de que deba valerse, pues el Rey tiene toda la confianza en el celo y pericia que le adornan, pero sí deberá advertir a V.E. que procure hacer la cosa de modo que evite, al menos en apariencia, todo aire de resentimiento de ese gobierno...: que el Rey su amo no se halla en disposición de hacer más gastos en un país extranjero: que los ingleses le amenazan e invaden sus costas: que las tiene sin escuadra en el mayor peligro...

»Tal vez le propondrán nuevos planes o informes lisonjeros con que entretenerlo, pero V.E. sabrá rechazarlos con modo y en suma su viaje se ha de verificar viniendo V.E. mismo con ella hasta el puerto de Cádiz ...» (98).

---

(96) AMN, CAM, leg. 2391, ff. 188-190. Representación de Mazarredo a Bonaparte sobre la conveniencia de reunir la escuadra combinada en Cádiz por la posible ruptura de relaciones con Portugal. París, 9 y 10 de septiembre de 1800.

(97) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, pp. 112-113.

(98) AMN, CAM, leg. 2391, f. 235. Mariano Luis de Urquijo acusa recibo de cartas a Mazarredo, contestando «a la cuenta que le daba de cuanto le ocurría en su misión», 18 de noviembre de 1800.

Sin embargo, esta orden no se cumpliría, al intervenir el propio Bonaparte ante Carlos IV, de quien obtendrá no solo su revocación una vez más, sino también el cese de Urquijo (99), a quien sucederá Pedro Cevallos el 13 de diciembre de 1800. El nombramiento de Cevallos, pariente de Godoy, es representativo de la influencia del extremeño y claro ejemplo de su nepotismo, por el que tanto fue criticado.

### **El regreso de Godoy y la supeditación a Napoleón. La destitución de Mazarredo**

La caída de Urquijo se había venido gestando desde que, al regreso de las campañas de Italia en julio de 1800, Bonaparte tratará de aprovechar la disposición favorable de la familia real española a compensar el engrandecimiento de Parma con la cesión a Francia de la Luisiana (100) y la disposición de la escuadra de Brest, que como hemos venido viendo, a pesar de los reiterados intentos de Urquijo y Mazarredo por devolverla a Cádiz, seguía anclada en el puerto bretón por intercesión directa de Bonaparte ante Carlos IV. La actitud de Urquijo complicaba las relaciones de los gobiernos español y francés al entorpecer la comunión de los intereses descritos. Pero serían las inclinaciones regalistas de Urquijo y la carta remitida por el nuevo pontífice, Pío VII, a Carlos IV, a quien instaba a separar de su gobierno a aquellas personas que defendían la separación del Estado y la Iglesia (101), lo que precipitaría su caída. De la caída de Urquijo el principal beneficiario fue Godoy, por más que en sus memorias se exculpe a sí mismo de cualquier participación en los hechos (102). Cevallos sustituiría a Urquijo al frente de la Secretaría de Estado, pero la política exterior de España será directamente asumida por Godoy, quien, aunque no entre en el gobierno, desde su posición de consejero recupera todo su ascendiente sobre los reyes (103).

El 25 de diciembre Mazarredo felicitaba a Cevallos (104), y este responde el 2 de enero con el consentimiento del rey para que la escuadra española permanezca en Brest (105). Poco después, el 23 de febrero de 1801, Mazarredo

---

(99) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, p. 113.

(100) ROMERO PEÑA, A.: «Mariano Luis de Urquijo...», p. 63.

(101) *Ibíd.*, pp. 64-65.

(102) GODOY Y ÁLVAREZ DE FARIA, M.: *Memorias*, pp. 731-744. En el tomo III, capítulo IV, Godoy recuerda los hechos y causas que provocaron la caída de Urquijo, tratando de justificarse y de exonerarse de cualquier responsabilidad, por más que a ello debiera su propia promoción.

(103) LA PARRA LÓPEZ, E.: *Manuel Godoy...*, p. 292.

(104) AMN, CAM, leg. 2391, ff. 219-220. Carta de Mazarredo a don Pedro de Cevallos, por la que le da la enhorabuena por su nombramiento como primer secretario de Estado y aprovecha para poner de manifiesto las necesidades económicas de la escuadra. París, 25 de diciembre de 1800.

(105) *Ibíd.*, leg. 2392, f. 1. Carta de don Pedro Cevallos a Mazarredo por la que comunica a este el consentimiento del rey para que la escuadra permanezca en Brest, en vista de la negociación de paz con Inglaterra, 2 de enero de 1801.



do recibía orden de dirigirse al puerto bretón, a fin de retomar el mando de la flota y conducirla a Cádiz. Esta orden, fechada el 9 de febrero, no llegaría a ser cumplimentada, pues inmediatamente después llegó, con fecha de 18 de febrero, su cese en el mando de la Escuadra del Océano (106) en beneficio de Gravina, de acuerdo con los deseos del propio Bonaparte y también de Godoy. Mazarredo pasará a ocupar el puesto de comandante general del departamento de Cádiz (107). Azara, tantas veces reclamado por Bonaparte, volverá a ocupar el despacho de embajador de España en París, adonde llega en marzo. Según Francisco de Paula Pavía, «la oposición firme y vigorosa de Mazarredo a los planes que le presentaba Bonaparte para disponer a su arbitrio de las fuerzas marítimas de España disgustaron a este, en términos que la corte de Madrid, ya sometida a la de París, separó de la escuadra y embajada que desempeñaba, con el simulado pretexto de que hacían falta sus servicios en la Capitanía General del departamento de Cádiz» (108).

Estos acontecimientos habían sido precipitados por la firma con Godoy, el 13 de febrero, de la llamada Convención Naval, obtenida por el embajador en Madrid, Luciano Bonaparte, por la que España se comprometía a tener dispuesta una parte de su escuadra atracada en Brest para combatir —si se requería— contra la flota inglesa en Brasil o la India, o bien para apoyar el desembarco en Irlanda. El resto de la armada española se prepararía para actuar en el Mediterráneo cuando Napoleón así lo conviniera. A cambio, a modo de señuelo, el corso ofrecerá una expedición combinada para recuperar Trinidad, promesa que nunca se cumplirá. Pero lo más importante para los monarcas españoles sería el ofrecimiento a los infantes Luis de Parma y su esposa, M.<sup>a</sup> Luisa, del reino de Etruria, en virtud del acuerdo firmado el 21 de marzo de nuevo por Godoy y Luciano Bonaparte, nacido del ducado de Toscana, recién arrebatado al emperador de Austria (109).

Poco después vuelven a llegar nuevas peticiones de entrega al mando francés de tres navíos, del traslado de la escuadra de Ferrol a Cádiz y del envío a Livorno de tres fragatas. Todo ello provoca el desconcierto de Cevallos, que a través de su embajador Azara se dirigirá a Talleyrand solicitando «que acabáramos con esta vacilación de demandas y que de una vez supiéramos qué era lo que quería el primer cónsul y el objeto y empleo de las fuerzas que se nos pedían», preguntas todas ellas retóricas, ya que eran perfectamente conocedores de que la única finalidad de Bonaparte era disponer de la flota española en su beneficio (110).

El propio embajador Azara, tan del agrado de Bonaparte, acabará alertando a Godoy de esta política de supeditación a los intereses de Francia. Sin embargo, la resolución del asunto de Parma con la creación del reino de Etruria fue

(106) BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo...*, pp. 114.

(107) AMN, CAM, leg. 2354, f. 93. Oficios sobre el regreso de don José de Mazarredo desde Brest para hacerse cargo del mando del Departamento de Cádiz, 7 de marzo de 1801.

(108) PAVÍA, F.: *Galería biográfica de los generales de marina...*, t. II, p. 439.

(109) LA PARRA LÓPEZ, E.: *Manuel Godoy...*, p. 292.

(110) CEPEDA GÓMEZ, J.: «El almirante Mazarredo...», p. 83.

presentada por Godoy como un éxito (111), cuando suponía el comienzo de un compromiso internacional que convertía a España en rehén de Francia (112).

El siguiente paso sería el retorno al antiguo plan de Francia de la guerra contra Portugal, para privar a Inglaterra de esta base atlántica fundamental para su dominio marítimo, que debemos recordar había sido el episodio que le costó el cese al propio Godoy en 1798, por los escrúpulos dinásticos del rey, unido por lazos familiares a Portugal. A pesar de las nuevas prevenciones de Azara, Godoy cederá y en marzo declarará la guerra a Portugal. Godoy pondrá todo su empeño y dedicación personal en el adiestramiento del ejército, que sale el 3 de mayo hacia Badajoz, donde el generalísimo tenía previsto instalar su puesto de mando. La guerra duró del 16 de mayo al 6 de junio de 1801, y Godoy consiguió, de manera casi incruenta, una paz favorable a España y Portugal y contraria a los intereses de Bonaparte. Con el tratado de Badajoz, Portugal cedió a España la plaza de Olivenza y se comprometió a cerrar sus puertos a los ingleses. Así pues, Godoy, sintiéndose fuerte, comunica a Bonaparte el 26 de julio que ha ordenado por fin la repatriación de la flota española de Brest (113).

Este acontecimiento bélico servirá al favorito para formalizar su posición dentro de la estructura de poder de la Monarquía, donde ya estaba integrado de facto aunque no formase parte del gobierno. Acabada la excepcionalidad de la guerra, en la paz continuará su ascenso con su nombramiento de generalísimo del Ejército y la Armada. Como tal, no entendía solo en materia militar, sino también «cualesquiera otros asuntos» de la Monarquía, quedando convertido así, según Carlos Seco, «en auténtico jefe del Gobierno con atribuciones especiales, que le situaban un escalón por debajo de los reyes y varios por encima de los ministros (114)». Su posición también se reforzaba formalmente al ser designado decano del Consejo de Estado.

## Conclusiones

Como apunta el profesor Lynch, la alianza con Francia en el tercer Pacto de Familia representó el comienzo de la ambición española de alcanzar por el camino más corto la posición de una gran potencia influyente en la esfera internacional. Sin embargo, tal alianza agotó los recursos de la nación sin reportarle a cambio muchos beneficios, cuando una postura de neutralidad frente a Francia y Gran Bretaña le hubiese permitido acumular medios y reforzar su posición mientras aquellas agotaban los suyos. Asimismo, la tradicional alianza con Francia en el siglo XVIII hizo que se descuidase al Ejército, que pronto se

---

(111) LA PARRA LÓPEZ, E.: *Manuel Godoy...*, p. 292-293.

(112) *Ibíd.*, p. 294.

(113) *Ibíd.*, p. 310.

(114) SECO SERRANO, C.: *Godoy. EL hombre y el político*. Espasa-Calpe, Madrid, 1978, p. 120.

demonstraría incapaz de hacer frente a este nuevo tipo de enemigo, una nación en armas: «Una causa dinástica contra una lucha revolucionaria» (115).

La debilidad del Ejército para hacer frente a la nueva república francesa y el común interés de ambos frente al dominio británico de los mares, que amenazaba de manera constante los territorios de ultramar, unirá el destino de España al de Francia a pesar de sus regímenes antagónicos. Pero esta alianza no satisfará los objetivos perseguidos por el gobierno español. Lejos de ello, los intereses nacionales quedarán supeditados a los de Bonaparte, que veía en la Marina española la única posibilidad de hacer frente al dominio británico en el mar. Moreno Alonso considera que Napoleón sobrevaloró la capacidad de la Marina española y se obsesionó en tenerla bajo su control poniéndola bajo el mando de oficiales franceses (116). Mazarredo, apoyado por el secretario de Estado Urquijo mientras estuvo al mando de la Escuadra del Océano, tuvo como embajador la responsabilidad de representar los intereses de España, por lo que trató de no exponer la flota a ningún riesgo, priorizando los intereses estratégicos de España frente a las presiones de Bonaparte, que quería arrastrarla en aventuras imposibles. Su resistencia y la de su valedor, Urquijo, acabarían por costarle su cese. Andando el tiempo, el desastre de Trafalgar demostraría, fatalmente, lo atinado de su oposición a dejar en manos de Bonaparte el destino de la flota.

Con una Marina casi homologable a la francesa, España ostentaba el rango de tercera potencia naval. No obstante, las cifras referidas al número de barcos, tonelaje y armamento respecto a la fuerza naval británica son engañosas, pues el retraso técnico alejaba al país cualitativamente de aquella —pese a los encomiables esfuerzos de Mazarredo entre otros—, y los largos períodos bélicos habían agravado esa distancia. La contribución española a aquella contienda fue naval, pues tal era el interés principal de Francia. El combate de Trafalgar significó un duro golpe para la Armada, y aunque tras el desastre aún conservaría un considerable número de buques, la Guerra de la Independencia acabaría paralizándola su actividad. Las repercusiones materiales y morales de aquella catástrofe fueron enormes. Era la confirmación de la superioridad naval inglesa, y la paralización de la Marina española supuso la ruptura del binomio España-América que la Monarquía del siglo XVIII había conseguido conjuntar. Las consecuencias en la Hacienda y el comercio fueron fatales (117). Para Inglaterra, por el contrario, supuso un paso decisivo para asentar su control sobre los océanos y evitar definitivamente la amenaza de una invasión, aparte de que la apertura de los cauces para su comercio —legal

---

(115) LYNCH, J.: *op. cit.*, p. 350.

(116) MORENO ALONSO, M.: *Napoleón. La aventura de España*. Sílex, Madrid, 2004, p. 98. Esclarece numerosas claves para entender este momento de la historia de España en el que se enmarca el presente trabajo, así como a sus protagonistas. Coinciden personajes como Mazarredo, Napoleón, Wellington, Sout, Massena, Villeneuve, José Bonaparte, Nelson, Castaños, Goya, Churrua, Gravina, Álava, Carlos IV y Godoy. Un sinfín de personas que se vieron abocadas a defender ideales, planteamientos de vida y nuevas formas de hacer la guerra.

(117) LYNCH, J.: *op. cit.*, pp. 511-512.

o ilegal— con la América hispánica (118) pronto amortizó el coste económico derivado de su rearme y de las pérdidas de la guerra.

En cualquier caso, ya desde 1796, y sobre todo a raíz del secuestro, desde 1799, de la flota en Brest, las relaciones entre la metrópoli y las Indias habían quedado rotas. Los territorios americanos, prácticamente indefensos ante la ausencia de la flota de guerra española —la constante amenaza británica les imposibilitaba incluso para emprender navegaciones de cabotaje—, habrán de formar milicias locales, que tratarán de hacer frente a estos ataques. Por otra parte, el bloqueo que le impedía recibir productos desde la metrópoli obligará a la América española a demandarlos del comercio británico. De las relaciones comerciales se pasará al contacto político, no siendo extraño que muchos de los criollos que acaudillarían el proceso emancipador americano hubiesen tenido fuertes vínculos con Gran Bretaña en esos últimos años del siglo XVIII y comienzos del XIX. Esta doble autosuficiencia, comercial y militar, de las colonias americanas será en buena medida el germen de su pérdida (119).

En el continente, la antagonica alianza entre la Monarquía hispánica y la Francia de Napoleón, con dos formas contrapuestas de entender la diplomacia y la guerra, se revelará incapaz de conciliar los intereses de ambas partes, radicalmente enfrentados, y acabará por desencadenar la invasión napoleónica y la entronización de un Bonaparte —que recuperará a Mazarredo como ministro de Marina—y, como corolario de todo ello, la Guerra de la Independencia.

En España, la quiebra de dos de los principales instrumentos del Estado, el Ejército y la Armada —el primero, en la Guerra de los Pirineos, y el segundo, en el combate de Trafalgar— supondrá la génesis y el paso a un ejército nacional ante la invasión extranjera (120).

Como bien resume Agustín Guimerá Ravina, los años que le tocaron vivir a Mazarredo encerraron muchas contradicciones. Por un lado, representaron la culminación del reformismo borbónico, la máxima expansión imperial española y el cenit de la Armada del siglo XVIII. Por otro, en ellos se encuadra la llamada «época de las revoluciones atlánticas», la crisis del Antiguo Régimen en Europa y los inicios de la contemporaneidad (121).

---

(118) CAYUELA FERNÁNDEZ, J.: «Nelson y el bloqueo de Cádiz...», p. 249.

(119) CEPEDA GÓMEZ, J.: «El almirante Mazarredo...», p. 72.

(120) MARTÍNEZ RUIZ, E.: *La España de Carlos IV...*, p. 46.

(121) GUIMERÁ RAVINA, A.: «Mazarredo, un marino ilustrado...», p. 29.